

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

# LA ESPAÑA REAL EL MAÑANA NO ESCRITO

QUIESERA auscultar a España, sentir bajo su piel lo que está latente, lo que está latiendo. Tengo la impresión de que casi nada de lo que se dice públicamente responde a la realidad subterránea y efectiva —por eso he tenido que escribir sobre «la España real». Y cuando se habla del futuro, o se piensa en la continuidad de lo mismo o se da por supuesto lo que va a ser. Casi siempre, «lo contrario» (que se parece tanto, que es el mero vaciado del presente). Todo ello me parece falta de imaginación. «Ni está el mañana —ni el ayer— escrito», escribió Antonio Machado. Todavía no sabemos lo que va a ser España mañana; y no lo sabemos porque el mañana todavía no existe, y habrá que inventarlo.

Lo que sí puede saberse es cuáles son las apetencias profundas de los españoles. No quiere esto decir que la realidad futura vaya a coincidir con ellas; primero, porque son varias; segundo, porque su interacción tiene que modificarlas; tercero, porque esas apetencias no son fijas, no están dadas, y pueden variar sustancialmente de la noche a la mañana. Se trata solamente de mirar las cartas —escindidas, claro es— que España tiene en la mano, con las que prepara las jugadas; falta por saber cómo va a jugarlas, cuáles serán las bazas. Y no olvidemos que España, múltiple, escindida, perpleja, indivisible, juega consigo misma.

Los tres impulsos de orden político —o político-social— que alientan en los españoles de hoy (y creo que en la mayoría de los pueblos occidentales) son: dominación, seguridad, libertad.

Del afán de dominación de una fracción sobre el resto del país hablé, recordando una página de mi «Introducción a la Filosofía», hace algún tiempo. Pero lo que hace treinta años —cuando la escribí— era rigurosamente actual, hoy no es más que un anacronismo enquistado. Hay un pequeño grupo que quisiera resucitar ese «totalitarismo eclesiástico» que nunca llegó a cuajar de verdad; otro, no mucho mayor, sueña con eso que se llama la «dictadura del proletariado». Ninguna de esas posiciones tiene porvenir. La única posibilidad que tienen los primeros es que la sociedad española sea de tal modo hostigada que pierda la cabeza y se agarre a ellos como a un clavo ardiendo. Pero esto no podría ocurrir más que en dos casos: que un terrorismo eficaz hiciera imposible la vida pacífica cotidiana del hombre medio, o que los españoles —sin excluir a grandes porciones de las regiones más autonomistas— sintieran en verdadero peligro la unidad nacional. Si no se les sirven en bandeja estas oportunidades, no tienen nada que hacer, salvo una cosa: extinguirse en el olvido.

En cuanto a la «dictadura del proletariado», hay que decir ante todo que el proletariado no la ha ejercido nunca en ninguna parte, sino algunos pequeños grupos en su nombre; en segundo lugar, que en estas fechas nadie quiere ser proletario, y por tanto políticamente no lo es; y finalmente, que las clases así llamadas no tienen afán de dominación en ninguna parte, y por tanto ninguna veleidad dictatorial. El comunismo tiene ciertamente atracción, principalmente sobre los jóvenes, porque apela a sus «sentimientos izquierdistas» (solidarios, generosos, rebeldes), pero no sobre las masas, sino sobre pequeñas minorías de estudiantes, escritores, artistas, como un movimiento «elitista» y nada popular. Y a la larga es muy difícil sostener esa imagen programática sobre el telón de fondo de la realidad de los países en que el comunismo domina. Cuando era sólo aspiración, la cosa era más fácil; cuando un tercio del mundo está regido por él, cada vez es más difícil persuadir de que «se trata de otra cosa». De ahí que se confíe tanto —casi exclusivamente— en la herencia inmediata de la situación actual.

Desde hace dos generaciones, desde el final de la guerra mundial, el resorte capital que ha movido al hombre europeo y americano ha sido el afán de seguridad. (Hasta donde puede saberse, creo que ese impulso es también muy fuerte en la Unión Soviética, en los países europeos del Este, en China, en todos los países un poco estabilizados.) Inglaterra, siempre madrugadora, lo mostró al acabar la guerra, al elegir a Attlee y no a Churchill; siguieron los escandinavos con sus diversas formas de «welfare state», y luego los demás europeos, y en cierta medida los americanos. Seguros, seguros, seguros. Pensiones, retiros, viudedades, orfandades, medicina socializada, escolaridad asegurada, todo, desde la cuna a la sepultura —incluyendo quizá el embarazo y el aborto.

Esta actitud, este afán de seguridad, es el motor que lleva a las formas de socialización. El reverso de la medalla empieza a verse claro: impuestos, nivelación, escasez de incentivos, freno de la prosperidad, disminución de la iniciativa y el espíritu creador, probable tedio —¿qué digo, probable?: seguro.

Los «socialistas» —en rigor, estatistas en diversos grados— ¿son las izquierdas? Resulta que habíamos olvidado la formidable distinción. Lo que pasa es que el afán de seguridad engloba a derechas e izquierdas, lo mismo que, según Voltaire, lo superfluo había reunido uno y otro hemisferio. Si se habla de socialización, los viejos socialistas pondrán buena cara —quizá no tan buena como los de la última hornada—; pero las derechas también, y no ocultan su simpatía por los regímenes socialistas,

y —si se les pasa un poco de lija sobre el barniz ateo— hasta por los comunistas. «¿Quién que es no es romántico?» —preguntaba Rubén Darío—. ¿Quién que quiere ser político no es socialista? —podría preguntarse hoy.

¿Quiere esto decir que se ha desvanecido la división en derechas e izquierdas? Por supuesto, no. Pero esa división, si me atrevo a decirlo, no es ya propiamente política. Es cuestión de temple, de actitud, de vocabulario, de simpatías y antipatías. No se refiere a las cuestiones realmente políticas, a la manera de entender el Estado, ejercer el Poder, administrar la sociedad. El gran fundamento de la concordia podría consistir en dejar vivir de dos maneras un torso de formas políticas coherentes y convergentes, extendidas a lo largo de una escala de matices.

La gran diferencia viene de otro lado. ¿Son «socialistas» todos los españoles que no son reaccionarios o inmovilistas? Creo que no; y si algún político con atractivo se atreviese a decir que el socialismo era una opción perfectamente legítima pero discutible, y que no era la suya, pienso que tendría detrás, con entusiasmo, a buena parte del país.

¿Cuál? Los hombres y mujeres para quienes importa algo más que la seguridad. Por ejemplo, la invención, la proyección, la espontaneidad social, la posibilidad de la aventura, la iniciativa, el riesgo. Para decirlo con una sola palabra, la libertad.

No es que estas aspiraciones se excluyan enteramente. Los socializadores y los verdaderos socialistas no excluyen la libertad, aunque la limiten demasiado, la reduzcan a algunos campos restringidos. Los que insisten en la libertad no desprecian un mínimo de seguridad, necesaria para que el hombre no esté abandonado y expuesto a la miseria, la enfermedad, el desempleo. La igualdad de oportunidades parece excelente, con una sola condición: que siga habiendo oportunidades, que no se reduzca todo a un destino impuesto.

Tres grandes articulaciones parecen dibujarse, si se excluyen los grupos que no quieren convivir con los demás: dos grandes fracciones del país definidas por el deseo de seguridad, con dos matices distintos, que podemos llamar «derechista» e «izquierdista»; y una tercera fracción que no estaría «en el centro», sino más bien en otra dirección: la de los que temen, como Shakespeare, que la seguridad sea el «más principal enemigo de los mortales», que quieren sobre todo ir más allá, inventar, proyectar libremente, no saber ya lo que les va a pasar; los que creen que el mañana no está escrito.

Julián MARIAS

## OTRA VEZ GALILEO

# LAS HOGUERAS UTILES

COMENZARE por confesar que yo voy poco al cine; muy poco. A veces, de palabra y por escrito, me lo han reprochado. Y reconozco que hago mal: la pantalla grande es, sin duda alguna, un factor cultural importante de los tiempos que corren, y eso me pierdo. Como excusa, que en realidad no pasa de serlo, suelo alegar: «¡Para lo que hay que ver!» Dejando de lado la anécdota, mi reticencia no me parece desdeñable. Al fin y al cabo, la criba que la Administración impuso al celuloide —verde o rancio— ha sido, durante años, considerablemente estricta, y, por tanto, para estar al tanto de la producción internacional con un mínimo de seguridad, uno tendría que ser un individuo rico y ambulante, dispuesto a pasar por las fronteras y por las taquillas de más allá casi cada día, y no sólo con parada y fonda en Perpiñán. No es éste mi caso, desde luego, y lo siento: tales lujos resultan inasequibles a mi bolsillo. Mal que bien, en materia de libros, todavía es bastante fácil —no demasiado, de todos modos— «enterarse» de lo que ocurre por el universo mundo. O en cuestiones de música y de artes plásticas, a base de discos o de láminas. He observado que una cantidad notable de comentaristas cinematográficos acostumbra a hablar «de oídas»: mejor dicho, «de leídas». Su información es parcial y recortada, y cuando hablan de Fellini, de Antonioni o de Pasolini —que en paz descansen—, se apoyan en residuos «vistos» y en comidillas sobre lo «no visto». Es su problema, claro...

Bien. El caso es que, según parece, acaba de estrenarse por acá un filme inspirado en la vida de Galileo Galilei, que firma una señora llamada Cavani, y la cinta ha dado pie a un leve escarceo de polémica. Pongo: «escarceo», y aún le añado el adjetivo «leve». No habrá polémica, por descontado. Las críticas que he leído acerca de la película, por lo demás, no me harán renunciar al tebeo televisivo, doméstico y gratuito, como alternativa. No acudiré al «Galileo» en cuestión. La historia del personaje ya me la sé. Y lo que doña Lilliana Cavani haya fabricado por su cuenta, y a costas del desgraciado físico italiano del Renacimiento, tampoco aporta nada de nuevo al particular, si me he

de fiar de las reseñas. O sea: que me quedo en casa. Pero no sé dejar de atender a lo que discuten los otros. En uno de los semanarios más serios que se publican en esta Piel de Toro, y que, obviamente, se hace pasar por humorístico, un colaborador que firma Savater pone en tela de juicio la «tesis» implícita en el «Galileo» de Lilliana Cavani. Savater debe de ser un joven filósofo de Madrid, de quien he leído papeles interesantes. Yo experimento un gran respeto hacia los filósofos, en general: practican el difícil arte de coger a la vaca por las tuermas. En esta ocasión, Savater ha cogido el toro por los cuernos, y ello —bromas aparte— sí que es de admirar.

Porque el asunto de Galileo no es música celestial, como todo eso del «ente» y demás zarandajas del ramo, sino historia. Con la historia no se juega: no se juega con la vida de la gente. Al menos, si somos medianamente honrados. Savater lo subraya. Si no la he entendido mal, su idea es ésta: tuviese razón Galileo, o no la tuviese, la amenaza de quemarle a través del Santo Oficio era inadmisibles, y lo seguirá siendo por los siglos de los siglos. No se trata de la posibilidad de un «error judicial», que ya pesaría lo suyo. Pero vistas las cosas con la oportuna perspectiva —con la única justa— todos los errores judiciales, y especialmente los cometidos con la manipulación de la Verdad y del Error, son escandalosos, infamantes, puro oprobio. Las rectificaciones póstumas no sirven de nada. O sólo sirven para aumentar nuestra vergüenza. La Iglesia Romana canonizó a Juana de Arco, que los frailes de cierta Orden más o menos mendicante abrasaron viva, y hoy mismo, los teólogos de la propia familia intentan que se canonicen a Savonarola, también hecho un ascua con la bendición de mi fabuloso paisano Alejandro VI. Es un ejemplo a tener en cuenta. Bastaría, sin embargo, para aconsejar al más pintado: al más pintado de los dogmáticos. Cuando consigán elevar a los altares al frenético predicador de Florencia —un energúmeno feroz, que la calculada política pontificia de Rodrigo de Borja no podía «tolerar»—, la cosa será más aberrante. La imagen de Savonarola, entre los floreros ba-

rrucos y la pompa curial de la basílica de San Pedro, entre latines canónicos, incienso y tediums, ¿tendrá algo que ver con el Savonarola auténtico? Y no lo harán novenas ni triduos porque ya no se estila.

Pero Savater calaba más hondo. Planteaba el episodio de Galileo como un enfrentamiento entre Verdad y Poder. En su momento, y con toda la provisionalidad que la «ciencia» —en tanto que «verdad»— implique, Galileo representaba la Verdad, con mayúscula, y tropezó con la jauría escolástica manejada por el Poder. El «drama» es perfecto. Bertolt Brecht lo aprovechó. No me sorprendería que un texto truculento, bellamente antierótico, con idéntica sustancia, hubiese circulado por los escenarios celtibéricos con la autoría del olvidado don José Fola Iguíbide o con la actoría de don Enrique Rambal... ¿La Verdad? «¿Y qué es la Verdad?», preguntaba el primer Poncio, mientras se lavaba las manos. No es precisamente infrecuente que la Verdad y el Poder —Galileo al canto— choquen. Pero, ¿y si son el Error y la Mentira los que están en la «oposición»? Savater lanza la hipótesis. Entonces ¿«serán cosa bendita y necesaria» las piras inquisitoriales, y tanto da en nombre de qué «verdad»? Lo monstruoso de la peripetia de Galileo Galilei —y serían infinitas las que cabría aducir, paralelas— no es que le acosasen cuando tenía razón: era monstruoso, habría sido igual de monstruoso si no la hubiese tenido. El espectáculo del fuego, forense o no, pone carne de gallina. Asable, en seguida. Las «verdades», por desgracia, son, si desean serlo de veras, meras opciones de debate y de verificación. Un lío, en efecto, empezando por la forma de explicarlo. El beato Pascaj —su odio a los jesuitas le impidió tener un rezo litúrgico como Dios manda— ya lo decía: «Verdad a un lado de los Pirineos, mentira al otro». Y en ello seguimos, por cierto.

«La hoguera inútil» es el título del artículo de Savater. Yo, que estoy de acuerdo —de cabo a rabo— con su argumentación, no lo suscribiría. No hay «hogueras inútiles». Sólo lo son a largo plazo, si se apuran. Pero toda «hoguera» es inmediatamente útil. ¡Y tanto! Sí, las hogueras hacen pupa, irreparable de vez en

cuando, y siempre dejan cicatriz. Uno, en su inocencia fatal, cree que no es ése el camino. Entre el Poder y lo otro, sea la Verdad o sea el Error, Galileo, Paracelso, Nostradamus, Savonarola, Lutero, Erasmo, Vives, Calvino, Servet, y etcétera, la «contradicción» nunca fue, es ni será a nivel de ideas. Pero ¿y las «ideas»? Nadie se atrevería a desdeñarlas. Y menos que nadie, los que acostumbran a hablar de «alienación».

El movimiento de las «ideas» es bastante más complejo y confuso de lo que pueda imaginar un marxista del peonaje improvisadamente intelectual. Gramsci no caía en la trampa. ¿Por qué la voluntariosa aspiración a «ser de izquierdas», en más de media Europa, ha decidido ignorar resueltamente a Gramsci? Este Galileo jorobado de la «teoría de praxis», desde el fondo de las cárceles y los hospitales de Mussolini, sugiere respuestas... No me corresponden, aquí y ahora, explotárselas. Que cada palo aguante su vela. Yo, para pasar el rato, y con intención provocativa, me inclino a autocalificarme de «liberal». Para mí, eso significa estar en contra de cualquier «hoguera», y únicamente eso. Ya sé que no todo se reduce a eso. Y peor: que el término «liberal», con sus antecedentes y sus implicaciones económicas, está mal visto. ¡Qué le vamos a hacer!... De un quinquenio a esta parte, al sur de los Pirineos, hemos asistido a una abracadabrante proliferación de «liberales»: tan repentinos, que ponen los pelos de punta. Anteayer me contaban que un político español «posibilista», y de altos vuelos, se definía así: «Yo soy un liberal, pero de los que matan...» Puede que sea un chisme. Pero «si non è vero, è ben trovato». La avalancha de falsos liberales que se avecina no da la impresión de que sea algo demasiado diferente del llamado «bunker». Volverán a encender hogueras... No serán inútiles. Mejor si fuesen «útiles», pero no lo espero. Soy pesimista. Soy mucho más viejo que Savater y mucho menos metafísico: soy anciano y materialista. ¿Les «hogueras»?...

Joan FUSTER

EDIFICIO OLIMPO  
Balmes, 415-425  
(Frente TENIS BARCELONA)

**ELEGANCIA**

En el EDIFICIO OLIMPO se conjugan, a la perfección, los valores estéticos de su exterior con la cuidada distribución interior propios del confort preciso para una vivienda de lujo.

La Llave de Oro  
Balmes, 320 - Barcelona

**ColsaCreu**  
Calabria, 241 Barcelona

ZONA RESIDENCIAL 1ª CATEGORIA TOTALMENTE REALIZADA CON:  
Calle interiores asfaltadas y bordillos. RESTAURANTE PROPIO. SUPERMERCADO. Agua y Electricidad (subterránea) en todas las parcelas. Teléfonos. Repetidor T.V. ZONA DEPORTIVA: 2 pistas tenis. Piscinas. Club Social. Parque infantil. Jardines. 50 CHALETS construidos y habitados.  
A 8 minutos de ARENYS DE MAR.

Teléfonos 230 28 24 - 250 34 03 de 5 a 8

